SERIE CIELO EFATA

TRATADO

La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales

Deuteronomio 6:4–9



Alejandro Sirit

La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales

Alejandro Sirit

La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales

- La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales
  - Ver
  - Entorno
  - Revelación
  - Doctrina
  - Argumento
  - Decisión
  - Guía de regreso
  - Notas
  - Créditos
- Guía de estudio
  - Sesión 1. Oye, Israel
  - Sesión 2. Cuando te preguntare tu hijo
  - Sesión 3. Sabía, y no los estorbó
  - Sesión 4. Criadlos en disciplina y amonestación del Señor
  - Sesión 5. La puerta que cabe en la mano
  - Sesión complementaria. Cuando el hijo ya está lejos
  - Para seguir caminando
  - Notas para el líder

La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales

Tratado · Deuteronomio 6:4–9

Alejandro Sirit
Cielo Efata
Noviembre de 2026

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos.
Deuteronomio 6:6-7 (RVR1960)

En las llanuras de Moab, con el Jordán todavía por cruzar y la tierra de la promesa extendida al otro lado como una herencia que nadie había labrado, Moisés no reunió a Israel para darle un manual de agricultura ni un plan de conquista, sino para poner una palabra en el centro de cada casa. Aquel pueblo iba a entrar en *«ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien, que tú no llenaste»* (Deuteronomio 6:10-11), y precisamente porque la abundancia estaba a la puerta, la advertencia fue doméstica antes que nacional: *«cuídate de no olvidarte de Jehová, que te sacó de la tierra de Egipto,*

de casa de servidumbre» (Deuteronomio 6:12). El peligro de la generación que entraba no era el desierto, que ya conocía, sino la casa llena, la mesa servida y el corazón distraído. Y la primera defensa que Dios le dio no fue una muralla, sino un padre y una madre que hablan.

Imagínese, sin añadir al texto más de lo que él mismo pide, una de esas casas de Israel recién asentada en Canaán. El padre ha escrito en los postes de la puerta las palabras que se le mandaron, y el hijo, que creció entre paredes que él no levantó y viñas que él no plantó, se detiene un día en el umbral y pregunta. La Escritura ya había previsto la escena: *«Mañana cuando te preguntare tu hijo, diciendo: ¿Qué significan los testimonios y estatutos y decretos que Jehová nuestro Dios os mandó? entonces dirás a tu hijo: Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano poderosa»* (Deuteronomio 6:20-21). Esa casa es la que camina este tratado. Su puerta es la que hoy se abre, a toda hora y sin que nadie llame, por una pantalla que cabe en la mano del niño; y su respuesta sigue siendo la misma, porque el Dios que sacó a Israel de Egipto no ha cambiado de nombre ni de brazo.

Lo que sigue no es una lista de consejos para administrar pantallas, sino la exposición de lo que la Escritura manda a los padres y promete a los hijos, aplicada a una era en que las redes se ofrecen como territorio neutro donde el hijo puede formarse solo. La tesis es sencilla de enunciar y difícil de obedecer: el padre y la madre forman al hijo en la Palabra dentro de la casa, y las redes no son un cuarto aparte, moralmente indiferente, sino un yugo de atención, de identidad y de compañía que disputa el altar del hogar.

Ver

Lo primero que hay que ver en Deuteronomio 6 es el orden. Antes del mandato a los padres está la confesión de Dios: *«Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas»* (Deuteronomio 6:4-5). La crianza no empieza en el hijo, sino en Dios; y no empieza en la conducta del hijo, sino en el corazón del padre. *«Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón»* (Deuteronomio 6:6). Solo después viene el verbo que da forma a la casa: *«y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas»* (Deuteronomio 6:7-9). El padre que no tiene la palabra sobre su propio corazón no puede repetirla a sus hijos sino como una consigna; y el hijo, que distingue con agudeza la diferencia entre una consigna y un amor, acabará por despreciar las dos.

El verbo que la Reina-Valera traduce «repetirás» no describe una recitación mecánica. En hebreo es *shinnantam*, de una raíz que significa afilar, aguzar, como se afila una hoja a fuerza de pasarla una y otra vez por la piedra.[1] La enseñanza del hogar es, por tanto, un trabajo paciente de filo: la misma palabra, dicha en circunstancias distintas, hasta que corta en el corazón del niño. Y las circunstancias que el texto nombra no son las de una clase, sino las de una vida entera: sentado en casa, andando por el camino, al acostarse, al levantarse. Ese es el calendario de la crianza bíblica, y no deja hora alguna en territorio de nadie.

Hay que ver, en segundo lugar, que los postes y las puertas son el borde de la casa. La palabra no se escribe solo en la cabecera de la cama, sino en el umbral, allí donde la casa toca la calle y la calle entra en la casa. Dios quiso que su palabra estuviera escrita en el lugar donde se decide quién entra y quién se queda afuera, porque desde el principio la Escritura sabía que el umbral es frontera de guerra. A Caín, antes de que levantara la mano contra su hermano, el Señor le habló así: *«Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él»* (Génesis 4:7). El pecado no espera a que se le abra; se agazapa en el umbral, con deseo, y pide señorío.

Por consiguiente, lo que hay que ver en esta era no es en primer lugar el aparato, sino la puerta. Durante siglos la puerta de la casa era de madera y tenía llave, y el padre sabía al menos quién se sentaba a su mesa; hoy la puerta se ha vuelto portátil, está en el bolsillo del hijo, encendida bajo la sábana y abierta en la madrugada, y por ella entran voces que nadie invitó, amistades que nadie conoce e imágenes que nadie eligió. El mandato de Deuteronomio no ha caducado porque la puerta haya cambiado de forma; al contrario, se ha vuelto más urgente, porque nunca había sido tan fácil que una casa tuviera escrita la ley en los postes y, al mismo tiempo, una puerta lateral por la que la ley no pasa.

Entorno

Moisés hablaba a una generación a punto de entrar en una tierra llena de dioses ajenos. *«No andaréis en pos de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en*

vuestros contornos; porque el Dios celoso, Jehová tu Dios, en medio de ti está» (Deuteronomio 6:14-15). El entorno de la crianza bíblica siempre fue, pues, una competencia por el corazón; no hubo nunca una generación de padres que criara en el vacío, porque todas criaron frente a otros altares.

El Salmo 78 recoge esa misma lucha desde la memoria de un pueblo que ya había fallado. Asaf, con el tono de un padre, explica por qué no se puede callar: *«No las encubriremos a sus hijos, Contando a la generación venidera las alabanzas de Jehová, Y su potencia, y las maravillas que hizo»* (Salmos 78:4). El propósito de esa transmisión no es la conservación de una cultura, sino la fe de los nietos: *«A fin de que pongan en Dios su confianza, Y no se olviden de las obras de Dios; Que guarden sus mandamientos, Y no sean como sus padres, Generación contumaz y rebelde; Generación que no dispuso su corazón, Ni fue fiel para con Dios su espíritu»* (Salmos 78:7-8). Y en seguida el salmo pone un ejemplo que debería hacer temblar a toda casa que confía en sus recursos: *«Los hijos de Efraín, arqueros armados, Volvieron las espaldas en el día de la batalla. No guardaron el pacto de Dios, Ni quisieron andar en su ley; Sino que se olvidaron de sus obras»* (Salmos 78:9-11). Iban armados y huyeron, porque no les faltaban arcos, sino memoria; y esa es, con exactitud, la tentación de esta era: dar al hijo todos los instrumentos y ninguna memoria de Dios.

En Silo, siglos después, el entorno se volvió todavía más grave, porque el desorden no estaba en la tierra de los cananeos, sino dentro del santuario. La Escritura dice de los hijos del sacerdote Elí, con una sobriedad que hiere: *«Los hijos de Elí eran hombres impíos, y no tenían*

conocimiento de Jehová» (1 Samuel 2:12). Crecieron junto al arca y no conocieron al Dios del arca. Tomaban la carne de los sacrificios por la fuerza, y la Escritura juzga el hecho sin rodeos: *«Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová»* (1 Samuel 2:17). Elí no era un hombre indiferente; oyó lo que sus hijos hacían y les habló: *«¿Por qué hacéis cosas semejantes? Porque yo oigo de todo este pueblo vuestros malos procederes»* (1 Samuel 2:23). Pero hablar no fue bastante, y el juicio de Dios nombra con precisión lo que faltó: *«Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado»* (1 Samuel 3:13). Antes, el varón de Dios había puesto el dedo en la raíz: *«¿Por qué habéis hollado mis sacrificios y mis ofrendas, que yo mandé ofrecer en el tabernáculo; y has honrado a tus hijos más que a mí...»* (1 Samuel 2:29).

Conviene leer la casa de Elí con templanza, sin convertirla en una fórmula que culpe de todo a los padres ni en una sentencia que se aplique a cada hogar que sufre. El texto añade que *«ellos no oyeron la voz de su padre, porque Jehová había resuelto hacerlos morir»* (1 Samuel 2:25), y con eso guarda el misterio de la responsabilidad de los hijos y de la soberanía de Dios. Hay hijos que endurecen el cuello aunque se les hable, y la Escritura no los pone a todos en la cuenta de sus padres. Sin embargo, el pecado que Dios imputa a Elí es real y es nuestro: saber, y no estorbar; reprender con palabras, y dejar intacto el altar profanado; honrar a los hijos más que a Dios, prefiriendo su comodidad y su aplauso a la gloria del Señor. El narrador, además, deja un detalle que en hebreo resuena con una ironía severa: los ojos de Elí *«comenzaban a oscurecerse de modo que no podía ver»* (1 Samuel 3:2), y

la falta del sacerdote fue que *«no los ha estorbado»*, con un verbo de la misma raíz que nombra lo que se apaga, lo que se debilita, lo que pierde fuerza,[2] como si el padre que ya no veía hubiera terminado por no frenar.

No criamos en Canaán ni en Silo, pero criamos frente a los mismos altares bajo nombres nuevos. La plataforma promete compañía al hijo solo, visibilidad al inseguro y descanso al padre cansado; y el padre cansado, que también tiene su pantalla encendida, puede llegar sin proponérselo adonde llegó Elí: a saber de todo, a decir algo, y a no estorbar nada.

Revelación

Lo que Dios revela en estos pasajes no es, sin embargo, una técnica de vigilancia, sino su propio corazón de Padre, y es allí donde la crianza encuentra su raíz. La respuesta que el padre de Deuteronomio debe dar al hijo que pregunta no empieza con un mandamiento, sino con una historia de redención: *«Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano poderosa»* (Deuteronomio 6:21). El padre no le dice al hijo: «Obedece para que Dios te quiera»; le dice: «Éramos esclavos, y Dios nos sacó; por eso le obedecemos». El indicativo va antes que el imperativo, y la casa que invierte ese orden produce, o bien hijos fariseos que se creen buenos porque cumplen, o bien hijos rebeldes que se creen libres porque no cumplen. Ninguno de los dos ha conocido al Dios que salva.

Esa historia de liberación tiene su cumplimiento en Cristo. *«Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios*

envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!» (Gálatas 4:4-6). Lo primero que un padre creyente enseña a su hijo no es a portarse bien, sino que existe un Padre en los cielos que en Cristo adopta como hijos a los que eran esclavos. Por eso el padre que cría bajo Dios aprende primero de Dios a ser padre: *«Como el padre se compadece de los hijos, Se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; Se acuerda de que somos polvo»* (Salmos 103:13-14).

Ese Padre, además, conoce al hijo mejor que el algoritmo que pretende conocerlo. El Salmo 139 es la confesión de un hombre que se sabe visto por completo: *«Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; Has entendido desde lejos mis pensamientos»* (Salmos 139:1-2). No hay rincón donde huir, porque *«aun las tinieblas no encubren de ti»* (Salmos 139:12). Y ese conocimiento no es el de un mercader que estudia a su cliente para venderle algo, sino el del Creador que formó al niño: *«Porque tú formaste mis entrañas; Tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras»* (Salmos 139:13-14). La identidad del hijo no la da la imagen que proyecta, ni el número de los que lo miran, sino el Dios que lo tejió y que lo mira de verdad. El padre que enseña esto ha puesto en el corazón del hijo un ancla que ninguna comparación puede arrancar.

Y en el centro de esa revelación está el Señor Jesús con un niño en medio. Cuando los discípulos le preguntaron quién era el mayor en el reino de los cielos, Él llamó a un

niño y lo puso en medio de ellos, y pronunció una de las advertencias más terribles del Evangelio: *«Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!»* (Mateo 18:6-7).[3] El Señor no trata la corrupción de un niño como un daño colateral de la vida moderna, sino como un pecado que merece el fondo del mar. Y la misma mano que amenaza al que hace tropezar es la que bendice al niño que se acerca: *«Entonces le fueron presentados unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos, y orase; y los discípulos les reprendieron. Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos. Y habiendo puesto sobre ellos las manos, se fue de allí»* (Mateo 19:13-15). El oficio de los padres queda, pues, definido por estas dos palabras del Señor: no hacer tropezar al niño, y no impedirle venir a Cristo.

Doctrina

La doctrina que se sigue del texto, sin forzar lo que el texto no carga, puede enunciarse con claridad pastoral.

Primero: la crianza es una obligación que Dios pone sobre los padres, no un servicio que ellos puedan tercerizar. El Señor lo dijo de Abraham antes de que tuviera al hijo de la promesa en brazos: *«Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir*

Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él» (Génesis 18:19). El apóstol recoge ese mismo peso para los padres del nuevo pacto: *«Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor»* (Efesios 6:4). El verbo «criadlos» habla de nutrir, de alimentar, de hacer crecer; la disciplina es la formación que corrige y la amonestación es la palabra que advierte y pone en la mente.[4] Y todo ello es *del Señor*, no de la opinión del día ni de la plataforma. La iglesia acompaña esa obra, enseña, sostiene y exhorta; pero no la sustituye, porque el mandato fue dado a los padres.

Segundo: la madre no es un apéndice de esa obra, sino una de sus columnas. *«Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, Y no desprecies la dirección de tu madre; Porque adorno de gracia serán a tu cabeza, Y collares a tu cuello»* (Proverbios 1:8-9). En el Nuevo Testamento, la fe de Timoteo tiene nombres de mujer: *«trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también»* (2 Timoteo 1:5). Y Lucas añade un dato que consuela a muchas casas divididas: Timoteo era *«hijo de una mujer judía creyente, pero de padre griego»* (Hechos 16:1). La fe del hijo no dependió de un hogar perfecto, sino de una madre y una abuela que pusieron la Escritura delante de él desde la niñez: *«y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús»* (2 Timoteo 3:15). Lo que la madre sola puede hacer cuando el padre no cree, o cuando el padre se ha ido, no es poco: es exactamente lo que Eunice hizo.

Tercero: los hijos deben honrar a sus padres, y esa honra no es una cortesía cultural, sino un mandamiento con promesa. *«Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra»* (Efesios 6:1-3). *«Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor»* (Colosenses 3:20). El mismo Hijo eterno, en los días de su carne, *«descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos»* (Lucas 2:51). Una era que enseña al niño a construir su voz pública antes de oír la de su padre ha invertido el orden de la sabiduría, y la honra se prueba también en lo que el hijo dice de sus padres delante de extraños y en lo que exhibe de su casa.

Cuarto: la obligación de los padres tiene un límite que también es mandamiento. *«Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten»* (Colosenses 3:21). La autoridad que provoca a ira, que humilla, que se contradice, que exige lo que no practica, no forma: desalienta.[5] La corrección es necesaria, y la Escritura no la suaviza: *«La vara y la corrección dan sabiduría; Mas el muchacho consentido avergonzará a su madre»* (Proverbios 29:15). Pero la misma Escritura que manda corregir prohíbe hacerlo con la ira del hombre, *«porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios»* (Santiago 1:20). El modelo es el Padre de los espíritus, que disciplina *«para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad»* (Hebreos 12:10). Corregir sin amor es tiranía; amar sin corregir es lo que la Escritura llama, con una dureza que espanta, aborrecer: *«El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; Mas el que lo ama, desde temprano lo corrige»* (Proverbios 13:24).

Quinto: la crianza apunta al corazón, no solo a la conducta. *«Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida»* (Proverbios 4:23). Un padre puede regular las horas, instalar filtros y revisar historiales, y todo eso puede ser prudente; pero si el corazón del hijo no ha sido conquistado, el filtro solo enseñará a buscar otra puerta. *«Dame, hijo mío, tu corazón, Y miren tus ojos por mis caminos»* (Proverbios 23:26). Por eso el Señor desenmascaró la raíz: *«Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez»* (Marcos 7:21-22). La pantalla no crea esos males, sino que los encuentra y los alimenta; por eso un hijo sin pantalla, pero con el corazón no tocado por la gracia, no está a salvo, sino esperando su puerta.

Sexto: el corazón nuevo no lo da la crianza, sino Dios. Ningún método, por bíblico que sea, regenera a un niño. Jesús lo dijo a un maestro de Israel que había sido criado en la ley: *«De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios»* (Juan 3:3). Los hijos de Dios *«no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios»* (Juan 1:13). Y lo que Dios promete hacer, solo Él lo hace: *«Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne»* (Ezequiel 36:26). Esta doctrina humilla a los padres, porque no pueden fabricar la fe de sus hijos, y a la vez los libera, porque no les toca fabricarla, sino sembrar la Palabra, orar, corregir, amar y esperar en Aquel que da el crecimiento.

De allí se entiende el proverbio más citado y peor usado en las casas creyentes: *«Instruye al niño en su camino, Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él»* (Proverbios 22:6). Es un proverbio, no una promesa notarial; enuncia el camino ordinario de la sabiduría de Dios, no una garantía automática que obligue a Dios a salvar a todo hijo bien enseñado, ni una sentencia que condene a todo padre cuyo hijo se extravió.[6] El verbo «instruye» tiene el sentido de dedicar, de iniciar, de consagrar al niño a un camino desde el principio; y la promesa que el proverbio contiene es real, aunque no mecánica: lo que se siembra temprano y con fidelidad suele dar fruto tarde. *«En el temor de Jehová está la fuerte confianza; Y esperanza tendrán sus hijos»* (Proverbios 14:26). La esperanza descansa en el Dios del pacto, no en la eficacia del padre.

Argumento

Ahora bien, la era ha vuelto opaca esta doctrina bajo nombres amables: se dice que las redes son «solo herramientas», que el problema es «el uso», que los hijos son «nativos digitales» y los padres no entienden; y como hay algo de verdad en cada frase, engañan. La herramienta no es inocente cuando ha sido diseñada para retener la atención el mayor tiempo posible, para medir la aprobación en números y para ofrecer al niño una plaza pública sin muros y sin padre. El argumento, por tanto, no condena el instrumento por sí mismo, sino que pregunta qué yugo pone sobre el cuello del hijo, y qué altar levanta en la casa.

Es un yugo, primero, de atención. El Predicador dijo que *«nunca se sacia el ojo de ver, ni el oído de oír»*

(Eclesiastés 1:8), y la sabiduría lo confirma con una imagen tremenda: *«El Seol y el Abadón nunca se sacian; Así los ojos del hombre nunca están satisfechos»* (Proverbios 27:20). Un sistema que ofrece al ojo, sin fin, lo siguiente y lo nuevo ha construido su negocio sobre la insaciabilidad que la Escritura llama abismo, y el niño que pasa de una imagen a otra durante horas no descansa, sino que es vaciado. El mandato apostólico pide lo contrario: *«Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos»* (Efesios 5:15-16). El tiempo del hijo es parte de su herencia, y el padre que se lo deja tomar sin medida ha permitido que otro le robe los días.

Es un yugo, en segundo lugar, de identidad exhibida. La red ofrece al hijo un escenario permanente donde ser visto, y le enseña a medir su valor por la mirada de otros. El Señor Jesús advirtió contra esa misma lógica en el terreno más santo: *«Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos»* (Mateo 6:1). Y diagnosticó su raíz con una pregunta que alcanza a todo corazón que vive del aplauso: *«¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?»* (Juan 5:44). Un hijo entrenado desde temprano para recibir gloria los unos de los otros tendrá dificultad en creer, porque la fe mira a Dios, y el escenario lo obliga a mirar al público. La hija que aprende a valer por su imagen necesita oír de su padre y de su madre que *«engañosa es la gracia, y vana la hermosura»* (Proverbios 31:30), y que el adorno que vale es *«el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un*

espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios» (1 Pedro 3:4).

De la exhibición nace la comparación, que es la envidia vestida de información. Pablo describe con precisión lo que hoy hace una pantalla llena de vidas editadas: *«pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos»* (2 Corintios 10:12). El hijo que compara su casa, su cuerpo y su suerte con lo que otro muestra pierde la gratitud, y la Escritura le ofrece otra regla: *«Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré»* (Hebreos 13:5).

Es un yugo, en tercer lugar, de compañía. *«El que anda con sabios, sabio será; Mas el que se junta con necios será quebrantado»* (Proverbios 13:20), y *«No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres»* (1 Corintios 15:33). El hijo puede pasar hoy la noche entera en conversación con desconocidos sin salir de su cuarto, y por eso Proverbios abre con un padre que, sin ingenuidad sobre el mundo, prepara al hijo para decir que no: *«Hijo mío, si los pecadores te quisieren engañar, No consientas»* (Proverbios 1:10).

Es un yugo, en cuarto lugar, de vida secreta y de sexualización. El maestro de Proverbios describe una escena que hoy se repite detrás de cada pantalla encendida a deshoras: *«Porque mirando yo por la ventana de mi casa, Por mi celosía, Vi entre los simples, Consideré entre los jóvenes, A un joven falto de entendimiento, El cual pasaba por la calle, junto a la esquina, E iba camino a la casa de ella, A la tarde del día, cuando ya oscurecía, En la oscuridad y tinieblas de la noche»* (Proverbios 7:6-9). El final de esa historia es el de

la bestia llevada al matadero: *«Al punto se marchó tras ella, Como va el buey al degolladero… Como el ave que se apresura a la red, Y no sabe que es contra su vida»* (Proverbios 7:22-23). La sensualidad que hoy entra por la pantalla ya no necesita que el joven salga a la esquina; la esquina ha llegado a su almohada. El Señor Jesús no deja margen para tratar esto como una curiosidad propia de la edad: *«Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón»* (Mateo 5:28). El salmista ora lo que todo hijo necesita aprender a orar: *«Aparta mis ojos, que no vean la vanidad; Avívame en tu camino»* (Salmos 119:37). Pero esa oración no se aprende de quien no la vive, y el padre que dice con el salmista *«En la integridad de mi corazón andaré en medio de mi casa. No pondré delante de mis ojos cosa injusta»* (Salmos 101:2-3) enseña más con su propia pantalla que con todos sus sermones sobre la del hijo.

La vida secreta, además, se alimenta de una mentira antigua: *«Las aguas hurtadas son dulces, Y el pan comido en oculto es sabroso. Y no saben que allí están los muertos»* (Proverbios 9:17-18). La red ofrece al hijo cuentas que los padres no ven, mensajes que se borran solos y una segunda identidad para cada grupo. Pero la Escritura no deja ningún rincón fuera de la vista de Dios: *«Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta»* (Hebreos 4:13). La pantalla promete secreto, y aun si no dejara huellas, el ojo de Dios lo vería. El hijo necesita aprender, más que a temer al padre que revisa, a amar la luz: *«Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios»* (Juan 3:21).

Es un yugo, en quinto lugar, de lengua: de ira y de falso testimonio. La plaza digital premia la burla y el juicio rápido, y el niño aprende allí a hablar como nadie le permitiría en la mesa de su casa. *«Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes»* (Efesios 4:29). El rumor reenviado, la foto ajena expuesta para la risa y la acusación sin testigos caen bajo un mandamiento que no ha sido derogado: *«No hablarás contra tu prójimo falso testimonio»* (Éxodo 20:16). Y alcanza también a la imagen falsa de uno mismo: *«No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos»* (Colosenses 3:9).

Frente a todo esto, el argumento no termina en la prohibición, sino en la puerta de Deuteronomio. El algoritmo decide lo que el niño ve según lo que lo retiene; los postes de la casa deciden lo que el niño ve según lo que Dios manda. Una de las dos voces va a formar al hijo, porque ninguna casa queda vacía. El padre que escribe la Palabra en sus postes no se limita a cerrar la puerta, sino que llena la casa: lee y ora con sus hijos, come con ellos sin la pantalla en medio, responde sus preguntas, les cuenta lo que Dios hizo y les explica por qué esto sí y aquello no. Las medidas sobre dispositivos, horas y lugares pueden ser sabias, como lo es una cerca en la azotea; pero la cerca no es la crianza. La crianza es el padre en el camino, al acostarse y al levantarse, afilando una y otra vez la misma palabra.

Queda, sin embargo, la pregunta que muchos padres hacen ya con el corazón roto: ¿qué hacer cuando el hijo ya está tomado por las redes, cuando ya vive en otra casa aunque duerma bajo el mismo techo? La Escritura no ofrece una técnica, pero ofrece un camino, y lo primero

que pide es que el padre mire su propio corazón antes que el del hijo. Si la pantalla del padre ha sido también su refugio, si la casa se volvió un conjunto de cuartos iluminados donde nadie habla, si se provocó a ira con gritos o se abdicó con silencio, el primer paso no es una nueva regla, sino una confesión. *«Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad»* (1 Juan 1:9). David, después de su caída, oró primero por sí mismo, y solo entonces pudo prometer: *«Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, Y renueva un espíritu recto dentro de mí… Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, Y los pecadores se convertirán a ti»* (Salmos 51:10, 13). El padre arrepentido tiene una autoridad que el padre que se justifica nunca tendrá; y el hijo que ve a su padre pedir perdón aprende el evangelio mejor que en muchas lecciones.

Después viene la intercesión, que no es el último recurso, sino la obra principal. Job, cuyos hijos vivían ya en sus propias casas, *«se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones»* (Job 1:5). El profeta manda a la ciudad herida: *«Levántate, da voces en la noche, al comenzar las vigilias; Derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor; Alza tus manos a él implorando la vida de tus pequeñitos»* (Lamentaciones 2:19). Se ora pidiendo lo que solo Dios da: que derrame su Espíritu sobre la generación de los hijos, como prometió: *«mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos»* (Isaías 44:3).

Luego viene la palabra, dicha con mansedumbre y sin rendición: el padre no calla la verdad por miedo a perder al hijo, ni la dice con una dureza que lo pierda; habla a solas, sin exponerlo en la red que lo hirió, reconoce lo que el hijo busca allí y le muestra dónde se halla de veras, y mantiene en la casa el orden debido aunque el hijo proteste.

Y, por último, se espera como esperó el padre de la parábola, cuyo hijo menor se fue *«lejos a una provincia apartada»* y lo desperdició todo: no corrió tras él para negociar con su pecado, pero tampoco cerró la puerta. *«Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre… Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó»* (Lucas 15:17-18, 20). La casa a la que el hijo vuelve tiene que ser una casa a la que valga la pena volver: con pan, con misericordia y con un padre que mira el camino. Y el pastor que busca la oveja descarriada recuerda a todo padre cansado que *«no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños»* (Mateo 18:14).

Decisión

Puesto que Dios nos sacó con mano poderosa y en Cristo nos dio la adopción de hijos, la decisión de esta semana no puede quedar en culpa ni en un reglamento pegado en la nevera. Siéntate primero tú, padre o madre, delante del Señor, y lee en voz alta Deuteronomio 6:4-9. Mira tu propia pantalla con la misma honestidad con que miras la de ellos, y confiesa a Dios lo que encuentres. Si has

provocado a ira, pide perdón a tu hijo esta semana, con palabras concretas y sin justificarte. Si has abdicado, si sabías y no estorbaste, dilo delante del Señor como pecado, no como cansancio.

Luego, en esta misma semana, abre en tu casa una hora sin pantallas en la mesa, y en ella lee con tus hijos un pasaje de la Escritura y cuéntales, como el padre de Deuteronomio, lo que Dios ha hecho: en el éxodo, en la cruz de Cristo y, si te ha salvado, en tu propia vida. Pregunta a cada hijo, sin interrogatorio y sin sermón, qué ve, a quién escucha y con quién habla en sus redes, y escucha la respuesta hasta el final. Si un hijo ya está lejos, ora por él cada mañana como Job, nombrándolo delante de Dios, y deja la puerta abierta como el padre de la parábola. Di esta decisión, esta semana, a un hermano o hermana que de corazón limpio invoque al Señor (2 Timoteo 2:22), para que no la lleves solo. Y al terminar, no te quedes en la vergüenza: confía al hijo en las manos de Aquel *«que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría»* (Judas 24), y persiste, como mandó Pablo a Timoteo, en lo que has aprendido, *«sabiendo de quién has aprendido»* (2 Timoteo 3:14).

Guía de regreso

Cuando la semana te tiente a reducir la crianza a un asunto de horas y de filtros, vuelve primero a Deuteronomio 6:4-9 y 20-25, y lee en voz alta la confesión de Dios antes del mandato. Pasa luego al Salmo 78:1-11, para recordar que una generación puede ir armada y huir por falta de memoria. 1 Samuel 2 y 3 te mostrarán, con templanza, el peligro de saber y no estorbar, de honrar a

los hijos más que a Dios y de dejar que se apaguen los ojos. Efesios 6:1-4 y Colosenses 3:20-21 guardan los dos bordes de la casa: la honra que los hijos deben y la ira que los padres no deben provocar. 2 Timoteo 1:5 y 3:14-17 consuelan a la madre que siembra sola. Proverbios 4:23 y 23:26 te devuelven al corazón; Proverbios 22:6, leído como proverbio y no como contrato, te devuelve a la esperanza en Dios. El Salmo 139 te recuerda quién conoce de verdad a tu hijo. Mateo 18:1-14 y 19:13-15 ponen al niño en medio, con la advertencia y con la bendición del Señor. Si el hijo ya está lejos, lee Job 1:5, Lamentaciones 2:19, el Salmo 51 y Lucas 15:11-24. No hace falta un aparato nuevo: hace falta oír de nuevo lo que ya está escrito, y decirlo en la casa.

Notas

1. El verbo de Deuteronomio 6:7, וְשִׁנַּנְתָּם (*veshinnantam*), es el piel de שָׁנַן (*shanan*, Strong H8150), «afilar, aguzar». La misma raíz describe las saetas afiladas de Isaías 5:28 y las «agudas saetas» del Salmo 120:4. La Reina-Valera traduce con justicia «repetirás», porque el filo se gana repitiendo; pero el hebreo añade que la repetición tiene un fin: que la palabra corte y penetre. No es la cantinela del que recita, sino la paciencia del que afila. —A. S.

2. En 1 Samuel 3:2 los ojos de Elí estaban כֵּהוֹת (*kehot*, H3544), «débiles, apagados»; en 1 Samuel 3:13 Dios dice que Elí לֹא כִהָה בָּם, «no los estorbó», con el verbo כָּהָה (*kahah*, H3543), de la misma familia, que en su forma intensiva significa reprimir, frenar, quitar fuerza. No conviene cargar el juego de palabras más de lo que

soporta; basta notar que el narrador pone juntos al sacerdote que no veía y al padre que no frenaba. La reprensión de 1 Samuel 2:23-25 fue verbal; lo que faltó fue el freno real que su oficio de padre y de sacerdote le daba. —A. S.

3. El verbo de Mateo 18:6, σκανδαλίσῃ (*skandalisē*, de σκανδαλίζω, G4624), en el Textus Receptus, nombra la acción de poner una trampa o tropiezo en el camino de otro. El Señor no habla aquí del daño que el niño se hace a sí mismo, sino del que otro le pone delante. La «piedra de molino de asno» es la muela grande, la que movía un animal, no la pequeña del molino de mano. —A. S.

4. En Efesios 6:4, «criadlos» traduce ἐκτρέφετε (*ektrephete*, G1625), «nutrir, alimentar hasta la madurez»; «disciplina» traduce παιδεία (*paideia*, G3809), la formación que incluye corrección; y «amonestación», νουθεσία (*nouthesia*, G3559), la palabra que pone en la mente y advierte. «No provoquéis a ira» es παροργίζετε (*parorgizete*, G3949). El versículo, por tanto, no opone el amor a la disciplina: manda nutrir con una disciplina y una advertencia que son del Señor, sin provocar al hijo con una autoridad que se vuelve ira. —A. S.

5. En Colosenses 3:21, «no exasperéis» traduce ἐρεθίζετε (*erethizete*, G2042), «irritar, provocar», y «para que no se desalienten» traduce ἀθυμῶσιν (*athymōsin*, G120), «perder el ánimo». La advertencia de Pablo mira al resultado: el hijo exasperado no se vuelve más obediente, sino más desanimado. —A. S.

6. En Proverbios 22:6, «instruye» traduce חֲנֹךְ (*chanokh*, H2596), verbo que en otros lugares se usa para la

dedicación de una casa o del templo; y «en su camino» traduce עַל־פִּי דַרְכּוֹ, literalmente «conforme a la boca de su camino». Los intérpretes discuten si se refiere al camino que el niño debe seguir o al modo propio de su edad y su carácter; ambas lecturas se sostienen sin violencia, y en ambas el camino es el de la sabiduría que Proverbios enseña. Lo que el texto no permite es convertir el proverbio en un contrato que obligue a Dios, ni en una acusación automática contra los padres cuyos hijos se extraviaron: el mismo libro sabe que *«el necio menosprecia el consejo de su padre»* (Proverbios 15:5). — A. S.

Créditos

Citas bíblicas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960. Renovado 1988.

El hebreo y el griego de las notas se dan en el lema, con su número Strong, solo donde cargan el argumento. El griego del Nuevo Testamento se consulta según el Textus Receptus (Scrivener 1881/1894).

Dr. (h. c.) Alejandro Sirit, *La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales*, Cielo Efata, 2026.

SERIE CIELO EFATA

TRATADO

La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales

Deuteronomio 6:4–9



GUÍA DE ESTUDIO

Alejandro Sirit

La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales · Guía

Esta guía acompaña el tratado *La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales*. Tiene cinco sesiones de una hora y una sesión complementaria. En cada una el grupo lee el texto en voz alta, responde preguntas de observación (qué dice), de interpretación (qué significa) y de aplicación (qué pide), hace una tarea del método V.E.R.D.A.D. y termina en oración. La Escritura es la norma que juzga todo y que nada juzga: si una respuesta del grupo va más allá del texto, se vuelve al texto.

Cada sesión recorre los seis pasos de V.E.R.D.A.D., el método de lectura de la casa, siempre en el mismo orden: Ver, Entorno, Revelación, Doctrina, Argumento y Decisión. El método no abre el oído, porque eso solo lo hace el Señor, pero ordena la lectura para salir obedeciendo.

Método V.E.R.D.A.D. · cieloefata.com/verdad

El método se expone por extenso en *Norma normans non normata*, de Alejandro Sirit, obra de referencia de esta colección para leer la Escritura como la norma que juzga y no es juzgada.

Sesión 1. Oye, Israel

Texto: Deuteronomio 6:4–9; Génesis 4:7. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Qué hay escrito, colgado o encendido en la puerta de tu casa?

Observación

1. ¿Qué confiesa Moisés de Dios antes de dar ningún mandato a los padres (vv. 4–5)?
2. ¿Dónde deben estar primero estas palabras, según el v. 6?
3. ¿En qué momentos del día y en qué lugares de la casa manda hablar de ellas (vv. 7–9)?

Interpretación

1. ¿Por qué la crianza empieza en «*Jehová nuestro Dios, Jehová uno es*» y no en la conducta del hijo?
2. El tratado explica que «*y las repetirás a tus hijos*» viene de una raíz que significa afilar. ¿Qué diferencia hay entre repetir una consigna y afilar una palabra hasta que corta?
3. Dios le dijo a Caín: «***el pecado está a la puerta***». ¿Por qué la ley se escribía en los postes y en las puertas, y qué puerta tiene hoy la casa que no es de madera?

Aplicación

1. ¿Están estas palabras sobre tu propio corazón, o solo en tus instrucciones a tus hijos?
2. ¿En cuál de los cuatro momentos del v. 7 (en casa, en el camino, al acostarse, al levantarse) no hablas nunca de Dios con tus hijos?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee Deuteronomio 6:4–9 tres veces y marca el orden: confesión, amor, corazón, hijos, casa, puertas.
- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Lee Deuteronomio 6:10–12 y di qué peligro tenía la generación que iba a entrar en casas llenas que no había llenado.
- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Busca *shanan* (Strong H8150) y escribe qué añade «afilar» al «repetirás» de la Reina-Valera.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseña Deuteronomio 6:4–9 de Dios, del corazón del padre y de la casa, leído junto con el resto de la Biblia.
- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Nombra una objeción honesta, por ejemplo «yo no tengo tiempo para eso», como la dirías en la cocina, y respóndela con el mismo pasaje y con mansedumbre.
- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Escoge un solo acto sacado de un verbo del texto, con fecha y con un testigo que te pregunte el domingo.

Nota del autor. El padre que no tiene la palabra sobre su propio corazón solo puede repetirla a sus hijos como una consigna, y el hijo distingue muy bien una consigna de un amor. Conocer a Dios va antes que enseñar de Dios. —A. S.

Oración: Señor, pon tus palabras primero en mi corazón, y después en mi boca delante de mis hijos.

Sesión 2. Cuando te preguntare tu hijo

Texto: Deuteronomio 6:20–25; Gálatas 4:4–6; Salmos 103:13–14. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Qué preguntas te hacen tus hijos, o te hacías tú de niño, sobre la fe de la casa?

Observación

1. ¿Qué pregunta el hijo en Deuteronomio 6:20?
2. ¿Con qué palabras empieza la respuesta del padre (v. 21)?
3. ¿Qué envió Dios en el cumplimiento del tiempo, y para qué (Gálatas 4:4–6)?

Interpretación

1. ¿Por qué el padre no responde con un mandamiento, sino con «*Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto*»?
2. El tratado dice que la casa que pone el imperativo antes que el indicativo produce hijos fariseos o hijos rebeldes.

¿Por qué ninguno de los dos ha conocido al Dios que salva?

3. ¿Qué enseña a un padre terrenal que Dios «*se acuerda de que somos polvo*»?

Aplicación

1. ¿Saben tus hijos qué ha hecho Dios en Cristo, o solo saben lo que Dios prohíbe?
2. ¿Qué historia de la obra de Dios podrías contarles esta semana, en la cruz de Cristo y, si te ha salvado, en tu propia vida?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee Deuteronomio 6:20–25 entero, en voz alta, y anota quién pregunta, quién responde y qué se cuenta antes de qué se manda.
- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Di quién escribe Gálatas, a quién y por qué la adopción de hijos era buena noticia para gente que vivía bajo la ley.
- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Escoge una o dos palabras que lleven el peso de Gálatas 4:4–6 y búscalas por su número Strong.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseñan Deuteronomio 6:20–25 y Gálatas 4:4–6 sobre el orden entre lo que Dios hizo y lo que Dios manda.

- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Nombra la objeción «si le hablo de gracia, mi hijo hará lo que quiera», y respóndela con Deuteronomio 6:24–25 y con mansedumbre.
- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Escoge un solo acto sacado de un verbo del texto, con fecha y con un testigo que te pregunte el domingo.

Nota del autor. El padre no le dice al hijo: «Obedece para que Dios te quiera». Le dice: «Éramos esclavos, y Dios nos sacó; por eso le obedecemos». Ese orden es el evangelio en la mesa de la casa. —A. S.

Oración: Padre, que mis hijos me oigan contar tus obras antes que tus prohibiciones, y que te conozcan por tu Hijo como su Padre.

Sesión 3. Sabía, y no los estorbó

Texto: 1 Samuel 2:12, 22–25, 29; 1 Samuel 3:13; Salmos 78:4–11. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Es posible crecer junto a las cosas de Dios sin conocer a Dios?

Observación

1. ¿Qué dice 1 Samuel 2:12 de los hijos de Elí?

2. ¿Qué les dijo Elí a sus hijos (1 Samuel 2:23–25), y qué hicieron ellos?
3. ¿Por qué juzga Dios la casa de Elí, según 1 Samuel 3:13?

Interpretación

1. Los hijos de Elí crecieron junto al arca y «*no tenían conocimiento de Jehová*». ¿Qué advierte esto a una casa creyente?
2. Elí habló, pero Dios dice que «***él no los ha estorbado***». ¿Qué diferencia hay entre reprender con palabras y frenar de verdad?
3. ¿Qué significa en una casa de hoy honrar a los hijos más que a Dios, según «***has honrado a tus hijos más que a mí***»?

Aplicación

1. ¿Qué sabes que pasa en la vida de tus hijos y no has estorbado?
2. ¿Les das a tus hijos todos los instrumentos y ninguna memoria de Dios, como los arqueros de Efraín que «*volvieron las espaldas en el día de la batalla*»?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee 1 Samuel 2:22–25 y 3:13 en voz alta y anota lo que Elí oyó, lo que dijo y lo que no hizo.

- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Di quién era Elí, dónde servía y por qué el desorden de su casa era más grave dentro del santuario.
- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Busca *kahah* (Strong H3543) en 1 Samuel 3:13 y *kehot* (H3544) en 1 Samuel 3:2, y escribe con templanza qué pone juntos el narrador.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseñan Salmos 78:4–8 y 1 Samuel 3:13 sobre la memoria de Dios que una generación debe pasar a la siguiente.
- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Nombra la objeción «entonces todo es culpa de los padres» y respóndela con 1 Samuel 2:25 y con mansedumbre, sin quitarle peso a 1 Samuel 3:13.
- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Escoge un solo acto sacado de un verbo del texto, con fecha y con un testigo que te pregunte el domingo.

Nota del autor. El padre cansado, que también tiene su pantalla encendida, puede llegar sin proponérselo adonde llegó Elí: a saberlo todo, a decir algo y a no estorbar nada. La convicción de pecado empieza cuando llamo a eso pecado y no cansancio. — A. S.

Oración: Señor, abre mis ojos para ver lo que pasa en mi casa, y dame fuerza para estorbar lo que te deshonra.

Sesión 4. Criadlos en disciplina y amonestación del Señor

Texto: Efesios 6:1–4; Colosenses 3:20–21; 2 Timoteo 1:5; 3:14–15; Proverbios 22:6. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Quién te enseñó a ti las Escrituras cuando eras niño, si alguien lo hizo?

Observación

1. ¿Qué manda Pablo a los hijos en Efesios 6:1–3, y qué promesa recuerda?
2. ¿Qué prohíbe a los padres en Efesios 6:4 y en Colosenses 3:21?
3. ¿En quiénes habitó primero la fe de Timoteo (2 Timoteo 1:5)?

Interpretación

1. El tratado dice que la crianza no se puede tercerizar. ¿Qué significa el mandato «*criadlos en disciplina y amonestación del Señor*», y qué papel tiene la iglesia en esa obra?
2. ¿Por qué la autoridad que humilla o se contradice no forma, sino que desalienta, según «*para que no se desalienten*»?

3. ¿Por qué el tratado lee «*Instruye al niño en su camino*» como proverbio y no como contrato? ¿Qué consuelo y qué esperanza deja esa lectura?

Aplicación

1. ¿Corriges con amor o con la ira del hombre (Santiago 1:20)? ¿Amas sin corregir?
2. Si eres madre o padre que siembra solo, ¿qué te enseña la madre y la abuela de Timoteo, que le enseñaron las Escrituras «*desde la niñez*»?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee Efesios 6:1–4 entero, en voz alta, y anota qué se manda a los hijos y qué se manda a los padres.
- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Lee Hechos 16:1 y di qué casa tenía Timoteo y qué hizo la fe de su madre en esa casa.
- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Busca *paideia* (Strong G3809) y *nouthesia* (G3559) en Efesios 6:4, y *chanokh* (H2596) en Proverbios 22:6.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseñan Juan 3:3 y Ezequiel 36:26 sobre lo que la crianza puede hacer y lo que solo Dios hace.
- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Nombra la objeción «hice todo bien y mi hijo se fue», y respóndela con Proverbios

22:6 leído como proverbio y con Proverbios 14:26, con mansedumbre.

- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Si has provocado a ira a tu hijo, pídele perdón esta semana con palabras concretas y sin justificarte.

Nota del autor. Ningún método, por bíblico que sea, regenera a un niño. Esa verdad humilla a los padres, porque no pueden fabricar la fe de sus hijos, y los libera, porque no les toca fabricarla, sino sembrar, orar, corregir, amar y esperar en Aquel que da el crecimiento. —A. S.

Oración: Padre, enséñame a corregir sin ira y a amar sin abdicar. Da a mis hijos el corazón nuevo que yo no puedo darles.

Sesión 5. La puerta que cabe en la mano

Texto: Proverbios 27:20; Mateo 6:1; Juan 5:44; Proverbios 7:6–9; Salmos 101:2–3; Efesios 4:29. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Cuánto tiempo pasan tus hijos, y pasas tú, frente a una pantalla en un día normal?

Observación

1. ¿Qué compara Proverbios 27:20 con los ojos del hombre?

2. ¿Contra qué advierte Jesús en Mateo 6:1, y qué pregunta hace en Juan 5:44?
3. ¿Qué ve el maestro desde su ventana en Proverbios 7:6–9, y a qué hora?

Interpretación

1. El tratado llama a las redes un yugo de atención, de identidad exhibida, de compañía, de vida secreta y de lengua. ¿Qué significa para un niño que «*los ojos del hombre nunca están satisfechos*»?
2. ¿Por qué un hijo entrenado para recibir aplauso tendrá dificultad en creer, según la pregunta «***¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?***»?
3. ¿Por qué el padre que dice «*No pondré delante de mis ojos cosa injusta*» enseña más con su propia pantalla que con todos sus sermones sobre la del hijo?

Aplicación

1. ¿Qué voz está formando a tus hijos: el algoritmo, que decide según lo que retiene, o los postes de tu casa, que deciden según lo que Dios manda?
2. ¿Qué pondrías en lugar de la pantalla para llenar la casa, y no solo cerrar la puerta?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee Proverbios 7:6–23 entero, en voz alta, y anota cada paso del joven hasta la red.
- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Di quién habla en Proverbios 1–7, a quién y por qué el libro abre con un padre que prepara al hijo para decir que no (Proverbios 1:10).
- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Busca *skandalizō* (Strong G4624) en Mateo 18:6 y escribe qué clase de tropiezo describe.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseñan Marcos 7:21–22 y Proverbios 4:23 sobre el corazón del hijo, más allá de los filtros y las horas.
- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Nombra la objeción «las redes son solo herramientas», como la dirías en la cocina, y respóndela con Efesios 5:15–16 y con mansedumbre.
- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Abre esta semana una hora sin pantallas en la mesa: lee con tus hijos un pasaje y cuéntales lo que Dios ha hecho.

Nota del autor. Las medidas sobre dispositivos, horas y lugares pueden ser sabias, como una cerca en la azotea; pero la cerca no es la crianza. La conversión de una casa se ve cuando el padre vuelve a estar en el camino, al acostarse y al levantarse, afilando la misma palabra. —A. S.

Oración: Señor, aparta mis ojos de la vanidad y los de mis hijos. Llena mi casa de tu Palabra para que no quede vacía.

Sesión complementaria. Cuando el hijo ya está lejos

Texto: Salmos 51:10, 13; Job 1:5; Lamentaciones 2:19; Lucas 15:11–24; Mateo 18:12–14. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Observación

1. ¿Qué pide David para sí antes de prometer enseñar a otros (Salmos 51:10, 13)?
2. ¿Qué hacía Job por sus hijos, y por qué (Job 1:5)?
3. ¿Qué hizo el padre de la parábola cuando vio venir a su hijo de lejos (Lucas 15:20)?

Interpretación

1. ¿Por qué el primer paso ante un hijo tomado por las redes no es una regla nueva, sino una confesión del padre?
2. ¿Qué enseña Job, que ofrecía holocaustos pensando «*Quizá habrán pecado mis hijos*», sobre la intercesión como obra principal y no como último recurso?
3. El padre de la parábola no negoció con el pecado del hijo ni cerró la puerta. ¿Qué tiene que haber en una casa para que valga la pena volver a ella?

Aplicación

1. ¿Por cuál hijo vas a orar cada mañana esta semana, nombrándolo delante de Dios?
2. ¿Qué palabra necesitas decirle a solas, con mansedumbre y sin rendición, sin exponerlo en la red que lo hirió?

Nota del autor. El padre arrepentido tiene una autoridad que el padre que se justifica nunca tendrá. Mantenerse firme, cuando el hijo está lejos, es orar cada mañana, dejar la puerta abierta y mirar el camino. —A. S.

Oración: Padre, no es tu voluntad que se pierda uno de estos pequeños. Derrama tu Espíritu sobre nuestros hijos y tráelos a casa, por Cristo.

Para seguir caminando

Esta guía es una puerta, no la casa entera. Si el texto le ha hablado, no lo deje en la memoria: vuelva a leerlo con la Biblia abierta y siga caminando. En **cieloefata.com** encontrará gratis los demás tratados y estudios de la serie, cada uno con su guía para grupos, y la hoja de trabajo del método V.E.R.D.A.D.

Para seguir este mismo camino más hondo, lea *Éfata*, de Alejandro Sirit, sobre aprender a oír a Dios con la Escritura abierta, en Kindle y en tapa blanda: amazon.com/dp/B0HJ15ZXL3.

Notas para el líder

Esta guía acompaña *La crianza de los hijos en estos tiempos de redes sociales*, el tratado sobre Deuteronomio 6:4–9. El líder hace leer los textos en voz alta y no permite que la sesión se convierta en una lista de trucos para administrar pantallas: el tratado no es un manual de filtros, sino la exposición de lo que la Escritura manda a los padres y promete a los hijos.

En el grupo habrá padres con hijos lejos, madres que crían solas y casas divididas. El líder lee 1 Samuel 2 y 3 con la templanza del tratado: hay pecado real en saber y no estorbar, pero la Escritura no pone a todo hijo rebelde en la cuenta de sus padres (1 Samuel 2:25), y Proverbios 22:6 se lee como proverbio, no como contrato. Nadie expone delante del grupo la vida de su hijo; lo que toca a un caso personal se habla a solas.

Cada sesión termina con un paso por escrito, compartido con otra persona, que lo preguntará la semana siguiente.

© 2026 Dr. (h. c.) Alejandro Sirit. Todos los derechos reservados. Texto bíblico tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de Sociedades Bíblicas Unidas.